

XIIDP

LA VÍSPERA DEL ENCUENTRO

Santander, 14 de mayo de 2015

Por José Luis Muñoz Arroyo

Trataré de contar algo de lo vivido a pesar de lo desmemoriado que anda uno a estas alturas, y además debo contarlos por escrito, esto es más difícil todavía, hay que pararse a reflexionar mucho para no errar.

En estas ocasiones no suelo ser muy objetivo porque desde el primer momento en que llego al hotel en Santander, las emociones han podido con mi sentido de equilibrio y ecuanimidad. Incluso antes de llegar, durante el viaje recibo una llamada de un compañero que se disculpa por su largo silencio y me explica que un problema grave de salud sufrido recientemente le ha hecho pensar en sus amigos, me alegro porque sigue vivo y recuerda que hay personas que le quieren, pero ahora debo estar pendiente de la carretera, Santander está muy cerca y hay que llegar entero de cuerpo y de mente.

Estoy pasando por pueblos con verdadero encanto, tanto de Galicia como de Asturias y Santander, desearía parar para embriagarme de la belleza de todos ellos, pero no puedo entretenerme, estoy ansioso por llegar, pues a pesar de que seré de los primeros en alcanzar el punto de encuentro ya hay amigos y amigas que esperan, son como de la familia, hemos coincidido tantas veces...

Es jueves 14, son las 2 de la tarde, Santander nos saluda con un día gris fresquito y amenaza lluvia, bueno y qué, si hay personas que esperan para abrazarte con ese otro calor que ningún clima puede ofrecerte. El amigo TomTom, se ha portado de maravilla, me ha dejado en Joaquín Costa 28, sin una sola vacilación, cuando oigo que me dice: “ha llegado usted a su destino” estoy en la puerta del Santemar, no puedo evitar decirle, gracias majo, al tiempo que le doy unos suaves golpecitos en el canto superior.



Me dirijo a recepción donde todo son atenciones y simpatía, pero sin servilismo, charlamos de Galicia y del apellido Patiño de mi mujer, nos suben las maletas a la habitación y me facilitan las maniobras de aparcamiento, creí que eso no se estilaba ya. Es una buena señal que todo comience tan bien. Me pongo en contacto con las que llegaron antes y con los que están a punto de llegar para comer juntos en un restaurante cercano al hotel.

Esperamos con impaciencia que aparezcan las chicas del Sur, la alegría del pinfanerío, que pronto inundarán con sus risas todos los espacios del Santemar y de varios kilómetros a la redonda, como vemos que tardan, empezamos a comer porque el apetito apremia y el cansancio del viaje pide a gritos cervecita bien fría y algo sólido para reponer fuerzas.



Otra sorpresa agradable, las cañas son Estrella Galicia y están tiradas con gran maestría, la espuma es pura cremosidad; segunda, el jefe de camareros es de lo más atento que he conocido, un profesional con experiencia y simpatía en abundancia, le prometemos volver, y al día siguiente el local se llenó de pínfanos sedientos y con ganas de palique, el bullicio os lo podéis imaginar. Los santanderinos, salvo escasas excepciones, son muy hospitalarios y agradables. Unas pínfanas preguntaron por el Hotel en un lugar muy alejado del mismo, y la persona

interpelada no dudó a llevarlas en su coche hasta la puerta del Santemar, no es frecuente, ¿verdad?

Por todo lo anterior parece que las cosas van sucediendo de forma muy favorable. En pleno despacho de viandas, llegan las malagueñas por lo que hay que interrumpir la manduca para repartir besos y abrazos, las conocemos de otros encuentros, la alegría es evidente y en la calidez de los achuchones se nota el cariño, a mí ya me han puesto un mote pero lo llevaré con orgullo pues hace referencia al barrio malagueño de mi primera infancia.

Las voces y las risas tienen ahora acento malagueño, y como no hablan precisamente muy bajito, los comensales nos miran y ríen también con las parrafadas en “andalú” y es que contagian con su alegría por donde quiera que pisen.

Hay que descansar un poco para estar frescos, la noche santanderina nos espera así que cada mochuelo a su olivo, a estrenar la habitación del hotel, recuperar fuerzas que la ciudad es preciosa y habrá que patearla.



Acabamos en una antigua bodega con una decoración muy rústica y un encanto especial, mesas largas con bancos para que la gente pueda estar apretadita, los camareros son rápidos sirviendo, los precios ajustados, tanto como las personas en los bancos. Tuvimos suerte al encontrar sitio ya que dicen los de la tierruca que siempre está a rebosar, pero fuimos temprano y eso nos salvó. Lo más importante, es que estuvimos juntos y que en compañía agradable todo sabe mucho mejor, encima la merienda cena estuvo amenizada con música de piano en directo.

Las copas de trago largo las disfrutamos en una terraza de las que abundan en el Paseo Pereda, ya lo conocía pero hace muchos años que no venía a esta ciudad, qué maravilla de urbanismo en pleno centro con edificios tan singulares como la sede del Santander. Prometo volver con más tiempo para disfrutarlo paso a paso.